

PERSPECTIVA METODISTA: CAMINOS DE MISIÓN PARA EL SIGLO XXI

MEMORIA Y DESAFÍO

El cambio de siglo y de milenio parece invitarnos a hacer memoria y tratar de entender nuestro pasado. Pero más todavía nos llama a mirar hacia el futuro y tratar de entender y de prepararnos para responder a sus desafíos. En esta, su última Asamblea de este siglo, la IEMA ha tratado de resumir el proceso de auto-examen y de avizorar los desafíos más significativos. Este es el sentido de este documento que hemos llamado "Memoria y Desafío". Hace más de 150 años que la Iglesia Metodista--desde 1969 con el nombre de Iglesia Evangélica Metodista Argentina--está presente en este nuestro país. Por cierto, no sola ni aislada. Formamos parte de una comunidad evangélica mayor, nacida de otras misiones, por los grupos de inmigrantes que trajeron con ellos la riqueza de sus iglesias de origen y por las muchas comunidades de fe que han nacido, particularmente en las últimas décadas, en nuestro país. Aun en minoría, las iglesias evangélicas han jugado un papel significativo. Han sido pioneras en la conquista de la libertad, de la igualdad de derechos. Han contribuido con instituciones de servicio y en el desarrollo de la educación. Pero, más importante, han sido instrumento del Espíritu para extender el mensaje del evangelio, para colocar las Escrituras al alcance de todos, para despertar muchos a la fe y abrirles la entrada a una vida nueva en Cristo. En las última décadas, se ha acelerado su crecimiento numérico y por ende su presencia en la vida de nuestra sociedad. Ese hecho nos ha dado un mayor peso social y un espacio mayor en la vida religiosa del país. Pero también, y sobre todo, pone sobre nosotros mayores responsabilidades, que es necesario afrontar con humildad, pero con decisión y valor.

La IEMA ha tenido un lugar y un papel dentro de esa realidad evangélica mayor. Desde temprano en el siglo se extendió geográficamente a casi todas las provincias. Tuvo un papel protagónico significativo en la lucha común por la libertad religiosa, por una educación pública en libertad y para todos y, particularmente en la historia más reciente, en la lucha por los derechos y humanos y la demanda de justicia social. Ha tratado de ser responsable en la fidelidad de su mensaje, uniéndose a otras iglesias hermanas para ofrecer a la iglesia y a sus ministerios una educación teológica académicamente responsable y evangélicamente comprometida. Ha procurado una relación estrecha y activa con las demás iglesias, participando en las diversas iniciativas de consulta, colaboración y servicio común. Ha tratado de mantener una coherencia interna en un sistema conexional y participativo.

A la vez, cuando hacemos el balance de esta historia, reconocemos debilidades que nos inquietan y desafían. El crecimiento de nuestra iglesia ha sido en las últimas décadas lento y desperejo--apenas por encima del crecimiento poblacional. No hemos logrado responder en nuestra organización y procedimientos a las demandas y características de los cambios sociales, económicos y culturales de nuestra sociedad. Nos ha faltado algo de esa participación y dedicación activa de 'todos y de cada uno' y tal vez nos hemos dejado llevar por una tendencia a delegar en los pastores o funcionarios esa tarea evangelizadora que en un momento cada uno sentía como un llamado y un privilegio personal e indeclinable. Esto nos ha llevado a momentos y actitudes de nerviosidad e incertidumbre y a cierta incapacidad para superar el clima de ansiedad, inseguridad y agresividad que envuelve buena parte de la vida de los argentinos.

Todas estas cosas han sido motivo de reflexión, de propuestas y de iniciativas diversas, tanto a nivel congregacional como regional y nacional, durante los últimos dos o tres años. Esta Asamblea, sin embargo, no quiere tanto enumerar estas cosas -eso deberá continuarse en la vida regular de la iglesia- como más bien hacer una convocatoria, invitarnos unos a otros y comprometernos juntamente a una nueva consagración a nuestra misión, a una respuesta decidida y profunda al llamado que el Señor nos dirige y de confianza gozosa en la dirección y el poder que el Espíritu del Señor nos promete.

AFIRMACIONES SOBRE LA VIDA Y MISIÓN DE LA IGLESIA

AFIRMAMOS la importancia de la unidad congregacional como elemento indispensable al servicio de la misión. Y afirmamos que todo creyente y toda la congregación como cuerpo son llamados a cultivar las disciplinas espirituales de la participación fiel en el culto, la vida de oración personal y comunitaria y la mayordomía cristiana como elementos necesarios para el desarrollo integral de la persona y de la congregación.

AFIRMAMOS que todo creyente en forma personal y toda la congregación deben expresarse en la realización de su misión en la comunidad por medio de la Evangelización y el Servicio al prójimo.

AFIRMAMOS que todo miembro de la congregación, hombre, mujer, niño, joven o adulto, es una expresión de la totalidad del cuerpo de Jesucristo que es su Iglesia; como tales, somos llamados a desarrollar con libertad y responsabilidad los dones espirituales que hayamos recibido de Dios, buscando la edificación del cuerpo y la unidad congregacional como elemento indispensable al servicio de la Misión.

AFIRMAMOS que los dones espirituales nos han sido dados para servir en la Iglesia y la comunidad toda.

AFIRMAMOS que el ministerio cristiano dado por Jesucristo a toda la comunidad de fe es un desafío personal y comunitario. El ejercicio pastoral está al servicio de toda la Iglesia, en la congregación local, en la región, en el país y en la comunidad toda, según las necesidades lo demanden y la Iglesia -en sus distintos niveles- lo discierna.

AFIRMAMOS que la conexionalidad es un modo de ser iglesia, mediante el cual se expresa la unidad de toda la Iglesia tanto en la congregación, en la región, en el país y en el mundo. El Ministerio cristiano dado por Jesucristo a toda la comunidad de fe es un desafío personal y comunitario. El ejercicio pastoral lo es al servicio de toda la Iglesia y la congregación como también abierto a la comunidad secular. Todo pastor o pastora, presbíteros y diáconos deben enriquecer el ejercicio de la conexionalidad como también crear conciencia de la importancia del ministerio compartido entre ministros y laicos.

AFIRMAMOS la importancia de las relaciones ecuménicas y que ellas deben ir más allá de un diálogo fraterno para transformarse en acciones concretas en la cooperación, en la evangelización, en el estudio y el servicio y en diversas formas de acción a favor de la vida, el bien, la justicia y la dignidad humanas.

AFIRMAMOS el ministerio profético de la Iglesia que significa según nuestro reglamento "Ejercer una crítica activa, oponiéndonos constructivamente a todo sistema que esté basado en el egoísmo, la hipocresía, la represión, la injusticia y la violencia institucionalizada" y recordando que somos llamados a ser mayordomos de toda su creación.

CAMINOS PARA LA MISIÓN Y EL MINISTERIO DE LA IGLESIA EVANGÉLICA METODISTA

Entendemos que el llamado hecho por Dios a su Iglesia a través de la historia es el manifestar el Reino de Dios y su Justicia, y la tarea de nuestra proclamación es incentivar a todos los hermanos/as de nuestras congregaciones locales a cumplir con ese llamado y vocación en todas las áreas de la vida humana.

INTRODUCCIÓN

Nuestra Fe se fundamenta en Dios que se revela en la Historia humana. El propósito de ese "darse a conocer" de Dios es siempre Salvador. La Biblia atestigua cómo Dios se revela y al hacerlo como llama a los seres humanos a formar parte de su Misión salvadora.

Dios, fiel a su pacto de vida plena para sus criaturas y su creación, llama continuamente a las personas. Ese llamado personal tiene repercusiones comunitarias. "En ti serán benditas todas las naciones"(Génesis 15), fue la promesa de Dios a Abraham.

Nosotros somos testigos de la fidelidad de Dios a esa promesa, y a la vez responsables de responder a la convocatoria de incluirnos, -como pueblo llamado-, en la Misión de Dios en el mundo.

En Jesucristo, la revelación total de Dios, descubrimos que el llamado es a manifestar el Reino de Dios y su Justicia. La Iglesia nace por el poder del Espíritu como "Misión", como proclamadora de esa Salvación y vida plena ofrecida por Dios en Jesucristo a toda persona. Por ello la "Misión" no se restringe a: tareas a realizar; si no que la Iglesia cumple su "Misión" en la medida que se mantiene fiel a su pacto de Vida y abierta a la guía del Espíritu Santo.

En ese sentido entendemos que como parte de esa "Misión" nuestro ser Iglesia incluye: Alabanza (Efesios 1:12 y 16), Proclamación profética, Enseñanza, Comunión, Servicio y Oración por los enfermos y endemoniados(Marcos 16:15- 18; Mateo 28:18-21; Efesios 4:11-13; etc.)

Esta "Misión" será al estilo de Jesucristo: inclusiva, misericordiosa, compasiva, desafiante y servicial. Sobre esta base definimos que nuestros lineamientos principales para la Misión de la Iglesia Evangélica Metodista en esta zona del país son:

EVANGELIZACIÓN

La evangelización, es un mandato para todos los creyentes, entendida como proclamación y compromiso, es la tarea prioritaria de cada congregación local, por medio de la cual nos consagramos para la Gloria de Dios.

Las congregaciones deberán establecer planes y metas de evangelización y crecimiento con el apoyo, participación y movilización de todos los hermanos/as.

La tarea evangelística de la congregación local priorizará el "Encuentro personal con Jesucristo" (II Corintios 5:17), a través de sus redes de pertenencia mediante la oración, el testimonio y la proclamación. Impulsando casas de oración, grupos de comunión, campañas evangelísticas, etc. (de acuerdo a la realidad de cada lugar). Los esfuerzos evangelísticos deberán tomar muy en cuenta todas aquellas tareas que favorezcan la integración real de los nuevos hermanos/as en la congregación por medio de la visitación, consejería pastoral, exhortación telefónica y postal, la inserción en grupos caseros que favorezcan un "Discipulado básico intensivo", un seguimiento efectivo, y el restablecimiento de relaciones fraternales con los nuevos creyentes.

2. VIDA CONGREGACIONAL Y COMUNIÓN

La evangelización es posible cuando la Iglesia que emprende este ministerio es una manifestación viva de la fe cristiana y tiene un estilo de vida atractivo. En esta dirección debemos favorecer el desarrollo de comunidades terapéuticas con ministerios restauradores que apunten a la sanidad interior de los creyentes y relaciones fraternales armoniosas entre hermanos/as.

Al afirmar la naturaleza terapéutica de la congregación estamos aceptando que en su seno existe la salud y la enfermedad. Por otra parte la Iglesia es terapéutica porque nos congregamos en torno a Jesucristo y las personas que a ella se aproximan pueden recibir su influencia sanadora. La acción sanadora de la congregación se expresa tanto a través del crecimiento personal de sus miembros, como en la misión restauradora y terapéutica con las personas que se acercan.

La Iglesia es terapéutica cuando su ministerio pastoral busca crear espacios, actividades y reuniones de protección, contención, consuelo, alivio y seguridad en medio de situaciones de sufrimiento y conflicto. Sin embargo la tarea terapéutica no se agota en disponer de ámbitos de refugio y revalorización de la persona; sino que será muy necesario promover en las congregaciones locales estos mismos espacios como ámbitos de libertad y creatividad donde favorecer nuevos valores, actitudes e instituciones capaces de resistir los falsos valores de este mundo.

Estos espacios, poniendo énfasis en el cultivo de la piedad y el desarrollo de una experiencia moral personal y comunitaria pertinente a los desafíos de este mundo, deberán crecer como lugares donde, a partir de la participación activa y la capacitación necesaria, se vayan encontrando formas de organización para responder a las necesidades comunes y a la formación y promoción de hermanos/as que se involucren más directamente en la manifestación del Reino de Dios y la construcción de una sociedad más justa.

En este sentido, animamos a nuestras congregaciones a mantener y promover todas aquellas instancias asistenciales que nos permiten crear una red diaconal solidaria al interior de las congregaciones.

La búsqueda de edificar congregaciones que enfatizan el cuidado de las relaciones fraternas deberá evitar la desviación de construir comunidades de fe cerradas. El intentar profundizar la vida eclesial tiene el propósito de ser una Iglesia abierta, comprensiva, hospitalaria, solidaria e inclusiva.

3. PIEDAD Y DISCIPLINAS ESPIRITUALES

La vida de fe en Cristo comienza cuando iniciamos una nueva relación con Él, y nos convertimos a una nueva lealtad y obediencia bajo su Señorío. A partir de entonces la vida cristiana es el seguimiento de Jesús, haciendo su voluntad, y andando en el mundo según la inspiración de su palabra y ejemplo; mientras que la espiritualidad o la piedad es la manera de caminar en pos de él.

Como parte de la tradición Wesleyana reconocemos la necesidad de recuperar la espiritualidad pietista que nutrió al movimiento metodista original en su pugna por resistir la excesiva racionalización de la fe y la secularización del clero. En esta dirección consideramos vigente dicha recuperación pues notamos que aquella piedad unía con coherencia en los nuevos creyentes, la conversión a Cristo con una genuina experiencia de fe personal mediada por las disciplinas espirituales (oración, ayuno, estudio bíblico, santa cena, etc.) y una ética de compromiso con la realidad cotidiana.

Los grupos de comunión del pietismo históricamente enfatizaron que los creyentes no sólo eran justificados por la sangre de Cristo, sino que además vivían una vida nueva. En esta dirección pretendían ajustar sus vidas a la santificación que el Espíritu Santo buscaba operar en ellas. La búsqueda del progreso espiritual, la perfección y la pureza era prueba de la fidelidad del cristiano en contraste con la mundanalidad de la época, la Iglesia, el clero y su teología secularizada. Las pequeñas comunidades en medio de la Iglesia representaban la experiencia de los redimidos que proclamaban e inculcaban la presencia viva de Cristo en los corazones y las voluntades de los nuevos conversos.

Este pietismo tenía una mentalidad laica; por lo tanto, la idea del sacerdocio universal de los creyentes se transformó en un elemento fundamental para insistir en la responsabilidad de cada uno de los creyentes en cuanto al estudio de la Palabra, la exhortación mutua a la fe, la proclamación del perdón y el énfasis en la santificación de la vida de cada uno de los miembros. Su aporte no se limitó a procurar una reforma de la Iglesia sino que además buscó una reforma de la teología y de la experiencia moral de la sociedad.

CELEBRACIÓN DE LA FE

“Bendice alma mía al Señor y no te olvides ninguno de sus beneficios” dice el salmista y nos da así el fundamento de nuestro culto comunitario: reconocer juntos las bendiciones de Dios, pedir juntos de nuestras faltas, testimoniar de sus hechos maravillosos y celebrar juntos su poder salvador.

La búsqueda de formas más participativas de culto ayudarán a que cada persona se sienta incluida en la celebración comunitaria. Las formas de culto pueden variar según la constitución de los grupos, pero animamos a nuestras congregaciones a la búsqueda de estilos más libres, testimoniales y participativo.

Incluir espacios de oraciones espontáneas, testimonios personales, intercesiones por la familia de la fe, reconocimiento del perdón restaurador de Dios en nuestras vidas a través de los cánticos y la búsqueda de la luz de su Palabra fortalecerán el sentimiento de pertenecer al Pueblo de Dios.

Crear un clima de verdadera “fiesta” de la fe ayudará no sólo al momento del culto sino al fortalecimiento de una fe capaz de afrontar las pruebas y demandas de la sociedad actual en la cual somos llamados a ser luz y sal.

CAPACITACIÓN

La vida cristiana es un camino donde es necesario profundizar nuestro compromiso y en función de esto es indispensable la capacitación Bíblico-teológica para todo creyente. La Iglesia es una comunidad educadora; por lo tanto, la capacitación debiera ser permanente y para todos los ministerios de la congregación local, dentro del marco de los dones que el Señor reparte a cada uno en ella; los cuales deben ser descubiertos y profundizados en vistas de la misión total de la Iglesia. La acción de evangelizar lleva también implícita una acción educativa en un nuevo estilo de vida (II Timoteo 3: 16-17).

La capacitación es un tema en el cual debemos poner más énfasis en nuestras congregaciones.

Animarnos a generar materiales y recursos para ir construyendo una teología más conexional, más allá de las particularidades de cada congregación local.

La instancia regional debiera realizar un acompañamiento más relevante, especialmente

En aquellas comunidades donde las posibilidades de capacitación son difíciles de instrumentar, confirmando lo establecido en nuestro reglamento general en el Art. 805.

La visión conexional de la Iglesia pasa en gran medida también por los materiales y recursos que compartimos.

La capacitación es para llevar adelante la “Misión” que nos pide Jesucristo. No se puede separar la capacitación del compromiso con la tarea a realizar. Ese compromiso pasa por la pertenencia y el trabajo en una congregación local.

RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LOS CREYENTES

Somos llamados a ser portadores de vida (S. Juan 5:24) en medio de una sociedad exclusiva, conflictiva y destructiva (S. Mateo 10:6); como cristianos debemos promover la justicia, la dignidad y la libertad de todos los seres humanos, no sólo en la esfera de lo religioso sino en todo lo que concierne a la vida de la persona y la comunidad. Por eso debemos afianzar nuestros dones (I Corintios 12:4) y responsabilidades (S.Mateo 28: 18-20) procurando la vida digna, buscando un orden socio-económico que no limite, sino que estimule las posibilidades humanas para el bien.

Lo que Dios nos confió tenemos que administrar con responsabilidad. Así con toda la creación y lo que extraemos de ella.

Solamente sensibles a la necesidad del prójimo (S.Marcos 12:33, S.Mateo 5:16) podemos ser auténticos cristianos y enfrentar las dificultades en salud, educación, empleo, vivienda, justicia y paz. En ese sentido apoyamos a los miembros de nuestras congregaciones a que asuman las diversas responsabilidades civiles.

RELACIONES ECUMENICAS

Responder a los mandatos de nuestro Señor nos es un asunto opcional. Así lo entendemos también cuando leemos “Padre, que sean uno, para que el mundo crea que tú me enviaste (S.Juan 17). Esta petición se reafirma en nuestra tradición Wesleyana con la propuesta de: “No importa la iglesia que vayas, si detrás del calvario tú estás, si tu corazón es como el mío toma mi mano y mi hermano eres ya”.

La búsqueda de la unidad entre los cristianos ha sido siempre importante en la agenda de la IEMA, pero deseamos alentarlos también en las congregaciones locales.

Debemos respetar aquí tanto las características congregacionales como las posibilidades en el barrio o ciudad, así como tener en cuenta las experiencias pasadas.

Incentivar el encuentro de congregaciones de diversas denominaciones, proponer tareas testimoniales comunes y desafiar a las iglesias en los barrios o ciudades a responder conjuntamente a necesidades comunitarias, pueden ser caminos para un testimonio común a la vez que puede constituirse en formas concretas de acercamiento y conocimiento.

Animamos a buscar posibilidades de: Cultos unidos, vigiliass de oración, trabajos comunitarios y otras formas que nos ayuden a crecer en la experiencia de pertenecer al Pueblo de Dios con diversidad de dones pero con un llamado común dar a conocer a Jesús como Mesías.

Aportar la riqueza de nuestra experiencia de fe y descubrir la diversidad de esa experiencia en otras familias confesionales es el desafío permanente en este campo.

Debemos diferenciar el diálogo ecuménico del interreligioso. Cuando usamos la palabra ecuménico hacemos referencia a relacionarnos con todos aquellos que confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador. El término interreligioso para el acercamiento hacia otras religiones (por ejemplo judíos, musulmanes, etc.)

EL MINISTERIO ORDENADO

El ministerio de la Iglesia se afirma en el ministerio único e irrepetible de Jesucristo. El ministerio de cada creyente está fundado en éste y no se reconoce jerarquías sino solamente funciones.

En el marco del sacerdocio universal de todos los creyentes y aprovechando la diversidad de dones y carismas que el Espíritu Santo brinda a su Iglesia podrá llevar adelante la Misión: nuestra Iglesia Evangélica Metodista Argentina reconoce el ministerio ordenado como separado para funciones específicas de la misma.

Un concepto fundamental de nuestra tradición evangélica metodista es recordar que nuestra Iglesia no tiene un ministerio jerárquico sino que reconoce funciones.

Es importante no sobrevaluar el ministerio ordenado para la Misión de la Iglesia, dado que es un ministerio que debe crecer y desarrollarse en el marco de la comunidad toda de los creyentes.

Todo el Pueblo de Dios es llamado a trabajar en el ministerio total de la Iglesia.

Nuestra Iglesia reconoce los ordenes de presbíteros y diáconos.

El Ministerio Ordenado debe facilitar y apuntar a crecer en un ministerio compartido y no centralizado.

El Señor nos convoca para proclamar su Evangelio e invita, respetuosa y humilde, pero urgente y apasionadamente a mujeres y hombres de nuestro país a la fe, a la entrega a Jesucristo, a recibir y gozar la nueva vida que él nos ofrece. No se trata meramente de incrementar nuestro número--eso, como lo dice la Escritura, viene por añadidura--. Tenemos el tesoro del Evangelio, que es salvación y salud, oferta de perdón y llamado a una militancia de servicio, y no podemos guardarlo para nosotros mismos.

El Señor nos ha hecho hijas e hijos suyos. Quiere escucharnos y hablar con nosotros. Y a veces nos extraña cuando pasan días y semanas sin que le hablemos. Nos habla cuando abrimos su Palabra y la vamos siguiendo día tras día. Nos escucha y nos habla en la oración personal y comunitaria--le contamos lo que nos ocurre, nuestros temores y esperanzas, le hablamos de nuestra familia, y de nuestro país. Le pedimos perdón por nuestra incoherencia y dureza y le presentamos las necesidades de los que amamos y las nuestras. Y nos responde cuando tenemos que tomar difíciles decisiones personales y comunitarias. A veces lo escuchamos con mucha claridad; otras, vacilamos pero nos arriesgamos. Él se alegra cuando le cantamos nuestra gratitud, nuestra consagración, nuestra confianza. Se regocija cuando nos ve y nos escucha juntos y nos sirve la mesa de la comunión--el pan y el vino de su vida que se hace nuestra.

El Señor nos ha llamado a vivir diariamente nuestra fe, para ofrecer a nuestra sociedad -por la predicación, por la conversación diaria y por el ejemplo- los valores de honestidad, responsabilidad personal y social, perseverancia, respeto y servicio fraternal que nuestro pueblo necesita para construir un país más justo y solidario. La calidad de nuestro trabajo, de la vida de nuestra familia, de la actitud hacia los demás, de nuestra disposición de servicio, de nuestra fortaleza frente a la enfermedad y la prueba y de nuestro gozo son los frutos con que el Espíritu alimenta la vida de nuestra sociedad. No los privemos de ellos.

El Señor nos ha hecho ciudadanos de un país, vecinos de una ciudad o un barrio, obreros, empleados o profesionales según de qué se trate. Podemos participar en partidos o agrupaciones políticas, en entidades sociales y organizaciones sindicales de la vida política, social, cultural de la sociedad civil. El tiempo y el esfuerzo que dediquemos, responsable y honestamente no se los quitamos al Señor: se lo consagramos a él y podemos agradecerlo y pedir su dirección en nuestra oración personal y comunitaria.

El Señor nos ha reunido en una congregación, nos ha hecho miembros de una iglesia. No nos ha puesto allí simplemente para protegernos, cuidarnos y alimentarnos. Por cierto que también lo hace. Pero nos ha llamado para participar, para servirnos unos a otros y para llevar a cabo su misión y por eso nos ha dado a cada uno diversos dones. Él quiere que, juntos, descubramos esos dones, les demos cabida en nuestra iglesia, los estimulemos y reconozcamos así participemos en su obra de dar crecimiento. Enterrar nuestros talentos no sólo es privar de ellos a nuestras hermanas y hermanos: es ser ingratos al Señor de la iglesia y traicionar su causa.

El Señor nos ha dado iglesias hermanas. Algunas son más semejantes a la nuestra; otras, muy diferentes. Hay doctrinas y formas de ser que podemos compartir; otras, que nos son extrañas o que nos parecen erróneas. Dios no nos pide que ignoremos esas diferencias. Pero sí nos llama a dar ejemplo de unidad, a no transformar las diferencias en motivo de orgullo o contienda, a hacer juntos todo aquello que nos sea posible, a participar en un testimonio común para bien de nuestro pueblo.

Estas y muchas otras cosas más iremos descubriendo en la vida y tarea de la Iglesia. Habrá diferentes opiniones, propuestas y experiencias que tendremos que compartir, corregir, planear y llevar a cabo. Pero hagámoslo en el camino, en oración y estudio, con orden y respeto mutuo, coordinadamente como lo enseña nuestra tradición. Pero en el camino. Lo que aquí hemos intentado compartir no es, creemos, sólo un llamado de esta Asamblea, o de `líderes' supuestos o reales, dirigida a `los laicos' de la IEMA. Es una convocatoria que nos hacemos unos a otros--niños, jóvenes y mayores, hermanas y hermanos, miembros de las comisiones de la iglesia local, de la regional o de la Junta General, obispo, pastores, predicadores laicos u ordenados. Y, creemos firmemente, que en primer lugar y por sobre todo, la voz de quien nos dice: "Paz a ustedes". Nos envía: "Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes". Del que "sopla" sobre nosotros y nos dice: "Reciban el Espíritu Santo".